

de YouTube. Menos musculoso, con algo de panza cervecera, pero con la misma altura impresionante.

Ahora, a mí me encantan las coincidencias, pero esto se pone mejor. Poco después de que el gigante se marchara, dos mujeres delgadas, de unos sesenta años, idénticas hasta en la última arruga, pasaron caminando frente a mí y subieron por la escalera mecánica. Diez minutos después, volvieron a pasar, y ahora estaba doblemente seguro de que no estaba imaginando cosas: las observé con más atención.

El universo, como puedes ver, claramente se estaba echando unas risas. Un hombre gigante, dos mujeres idénticas, todo esto en un solo día, justo después de cuestionar la mismísima estructura de la realidad. ¿Era esta la manera sutil del Todopoderoso de responder?

Quizás el hombre más inteligente tenía razón. O quizás una inteligencia superior solo se estaba burlando de mí. El jurado, como dicen, aún estaba deliberando —quizás comiendo pizza— probablemente aplastado bajo un techo colapsado en algún lugar, ordenado en rebanadas.

Avancemos hasta hoy... el universo no me dejó más señales, pero quizás debería tomarme un descanso de andar buscando desafíos mentales con el universo.

Todo empezó de forma bastante inocente, con un reto.

Me acerqué a la máquina y tecleé el código de confirmación 623876.

“¡Necesita registrarse 20 minutos antes de que empiece la cita!”, dijo la máquina.

Bueno, al menos no dijo que el número estaba mal, eso ya es una victoria. Cinco minutos después, éxito: la máquina portera de citas imprime el 623876 en un pedazo de papel.

—”Desafío aceptado” —murmuré, canalizando a mi ego interior—. “No necesito papel; ya memoricé esos dígitos la primera vez. Hay que estar un paso por delante de las máquinas, ya sabes.”

Mi número es... Sexo para ser como sexo celestial.

Porque así rimo yo los números. El número 6 suena como “Sex”, el 2 puede ser “to”, como en inglés, el 3 suena como “be”, y el 7 puede rimar con “heaven”. Así que ahí lo tienes: “Sex to be like heavenly sex”... 6 2 3 8 7 6. Gracias al hombre más inteligente del mundo, dominé el arte de rimar números con frases, convertir esas frases en imágenes mentales vívidas y almacenarlas en un palacio de la memoria. Un patio mental de juegos para recordar.

Algún griego acuñó la frase “palacio de la memoria”. Estaba organizando una reunión, de esas donde hay tanta gente que necesitan a un genio de la memoria para poner orden. El tipo estaba a lo suyo cuando, de repente, el techo colapsó y aplastó a todos los asistentes, convirtiéndolos en una especie de pizza humana.

Pero él fue capaz de recordar quién había muerto y en qué

“rebanada” de la pizaa estaban sentados. (Que sus compañeros pizeados descansan en pedazos).

Un día antes, había estado empapándome de las rarezas del mundo en YouTube.

Me topé con un documental sobre un tipo enorme, un gigante entre los hombres, aparentemente porque la evolución pensó que sería gracioso crear a alguien completamente incapaz de caber en un asiento de avión estándar. Digo, si vas a diseñar un “super” humano, al menos hazlo ergonómico para el siglo XXI. Pero no.

Y luego, como para mantener lo surrealista, un programa sobre completos desconocidos que tienen la misma cara. No eran gemelos, ojo, solo... dobles esparcidos por el mundo como nuevos de Pascua mal escondidos. Al parecer, el universo le dio demasiadas veces al botón de “copiar-pegar”. Uno empieza a preguntarse si todo esto no es una tomaadura de pelo, y cuántos otros “tú” hay por ahí conduciendo camiones o vendiendo tacos.

Y eso fue solo el calentamiento. El plato fuerte llegó en forma de una entrevista con el, digamos, “presunto” hombre más inteligente del mundo.

Quizá simplemente se palació la memoria para reventar una prueba de coeficiente intelectual IQ.

Uno pensaría que el hombre más listo estaría hablando sobre las implicaciones del entrelazamiento cuántico o, tal vez, sobre la mejor forma de doblar una sábana ajustable. Pero no, este parangón del intelecto insistía, con el fervor de un vendedor de coches usados particularmente entusiasta, en que la Teoría del Todo se reduce a... Dios.

St. El viejito en persona. O la viejita. O lo que sea que flote tu arca divina no binaria.

Ahora, no soy teólogo, pero he visto suficientes falacias lógicas como para reconocer una cuando me lanza un puñetazo teológico en la cara. Este tipo empezó a balbucear un galimatías —una verdadera ensalada de palabras— antes de declarar que las conexiones dudosas que había inventado probaban la existencia de un ser superior.

Naturalmente, siendo el tipo de ateo empedernido que disfruta cuestionándolo todo, mi primer pensamiento fue: “¡Pruébalo, amigo! Y ya que estás, ¡explícame esos dinosaurios gigantes enojados que dominaron el planeta durante millones de años!” ¿Eran algún tipo de castigo aviar divino? ¿Una plaga bíblica con plumas? ¿Te olvidaste de hacer el arca lo suficientemente grande?

Así que, naturalmente, hice lo que cualquier escéptico que se respete haría: miré al cielo y murmuré, “Esta bien, Dios, si de verdad estás allá arriba en tu palacio celestial, y no eres solo un invento cósmico del hombre más listo, dame una señal.” Algo sutil, ya sabes, como que lluevan tacos de langosta o un coro de ardiillas cantoras.

Así que, a la mañana siguiente, armado con esta avalancha de información extraña, me dirigí a la oficina de pasaportes, ese monumento a la esperanza y los viajes internacionales. Y fue ahí donde las cosas se volvieron realmente... no normales.

Estaba matando el tiempo en la sala de espera, en lo mío, cuando un hombre gigantesco se levantó de su asiento. Era tan alto que tuvo que agacharse para salir del salón. Te puedes imaginar el espectáculo, un gigante, igualito al Gigante Holandés